

Hombre de su tiempo y, a la vez, incansable y reflexivo *homo viator* por tierras europeas, “ningún personaje mejor que Caramuel – advierte el autor – da la medida de las inquietudes culturales y científicas de algunos españoles que aprovecharon las ocasiones que les brindaba el desempeño de funciones civiles o eclesiásticas fuera de la península para seguir con atención los progresos foráneos”. Su concepción de la arquitectura es tributaria tanto de una teología especulativa de marcado sesgo biblista indagada con los nuevos hábitos de la ciencia, como de un radical concepto moderno del lenguaje clásico, contrario a mantener la autoridad canónica de Vitruvio o inmovilizada la declinación de los órdenes elaborada en el Renacimiento desde una visión selectiva de la antigüedad romana. Dio cabida en su tratado a una fecunda y evolutiva interpretación de los órdenes desde el entusiasmo cultural y concepción histórica de su tiempo, incorporando a los cinco órdenes sancionados por el canon clásico renacentista otros nuevos como el mosaico o tirio-jerosolimitano, el gótico, el atlántico, el paraníptico y el ático.

Caramuel alcanzaría a crear un particular idiolecto en la cultura arquitectónica del Barroco, de inmediato eco en el contemporáneo medio profesional, a través de sus “arquitectónicas contemplaciones” de lo oblicuo, de la arquitectura oblicua que junto a la recta da título a su obra. Defendió el ingenio oblicuo de las superficies curvadas generadas a partir de los cortes de piedra (arcos en esviaje, arcos en torsión de templos elípticos), de tanta importancia en la tradición medieval y renacentista europea, en esos momentos objeto de atento estudio en los círculos científicos como campo de aplicación de la incipiente geometría proyectiva. Argumentó desde la teología el origen divino de los principios oblicuos (el “primer Arquitecto que en el Cielo y la Tierra echó líneas Obliquas, fue Dios”), o el ideal emulador de la arquitectura mosaica (“lo más antiguo, que hoy se lee de Architectura Obliqua, son las Ventanas del Templo de Salomón”), concluyendo que “estas Obras Obliquas [...] fueron raras y poco conocidas de la Antigüedad, en nuestro siglo han sido felizmente executadas por algunos; pero explicadas dignamente de nadie”.

Esta reflexión de lo oblicuo adquiriría su más bizarra y a la vez refinada expresión geométrica y plástica al proyectarla sobre el lenguaje de los órdenes y por extensión a la morfología, composición y técnica de la arquitectura clásica. Su visión de lo oblicuo, aun con antecedentes en el renacimiento de España o de Francia, originó uno de los episodios más sutiles y a la vez controvertidos en el dilatado devenir del lenguaje de los órdenes clásicos desde su originaria concepción. Balaustres y acroteras, órdenes columnarios con su prolijo despliegue de registros en basas, plintos, capiteles, arquitrabes, frisos y cornisas, dispuestos en plantas y superficies no rectas, esto es curvas o rectilíneas, tanto inclinadas como dinamizadas poligonalmente, encontraron en su tratado un amplio desarrollo discursivo y, muy en especial, en su tomo tercero, donde fueron viviseccionadas por el dibujo en láminas de milimétrica elocuencia visual. Si a ello se añade que buena parte de estos axiomas oblicuos fueron confrontados críticamente en la misma Roma, en concreto con diversas empresas arquitectónicas del pontificado de Alejandro VII, particularmente la columnata de la plaza de San Pedro de Bernini, que conoció de primera mano durante su presencia en Roma entre los años 1655 y 1657, pronto echamos de ver la importancia de la particular *ars combinatoria* barroca que Caramuel fragua en su reflexión arquitectónica, parangonable con algunas de las más significativas alternativas del

clasicismo moderno, que brotan en la compleja cultura arquitectónica del siglo XVII.

La difusión de sus teorías encontró un inmediato eco en la obra del matemático Tomás Vicente Tosca (Tratado XIV de la *Architectura Civil*, y Tratado XV de la monte y cortes de cantería, del *Compendio Matemático*, V, Valencia 1712), donde recogía ampliamente la obra de Caramuel, hasta el extremo de comenzar el tratado dividiendo la arquitectura en “recta” y “oblicua”. A pesar de matizar algunas opiniones de Caramuel, la obra de Tosca sistematizó y limó las dispersas y abrumadoras digresiones de Caramuel, a la vez que les otorgó un porvenir inmediato al facilitar su difusión en un formato diríamos de bolsillo, accesible a la enseñanza de la arquitectura en Academias Militares y en tertulias científicas. El porvenir de la obra de Caramuel corrió pareja a la de la cultura arquitectónica barroca, por más reflexiva y culta que fuera. El nuevo ciclo académico e ilustrado que alumbró en la segunda mitad del siglo XVIII, no fue nada proclive a su obra. Al igual que ocurrió con la estela arquitectónica de Borromini o de Guarini, en España las oblicuidades de Caramuel fueron denostadas desde la Real Academia de San Fernando, como evidencia el comentario crítico del arquitecto Ventura Rodríguez en el año 1777, a la sazón director de la sección de arquitectura de la misma, al criticar la “planta oblicua e irregular [...] según abuso de algunos arquitectos modernos” del proyecto para un gran tabernáculo elíptico, con capiteles y basas corintias declinadas en oblicuo. Ventura Rodríguez fue tajante al imponer que fueran “equiláteros en su recta colocación siguiendo el ejemplo de los antiguos”.

La puesta en valor historiográfico del pensamiento de Caramuel ha tenido un demorado porvenir entre los historiadores españoles de la arquitectura barroca, durante tanto tiempo en brazos de la construcción histórica – interesada e ideologizada – de la crítica ilustrada de finales del siglo XVIII, tantos años aprisionada en la roma versión castiza, popular de su desenfadado decorativismo, de tópicos alusivos a su carácter carpinteril, epidérmico o barrocomudéjar con que se ha pretendido esquematizar la historia de nuestra cultura arquitectónica del siglo XVII y buena parte del XVIII. Pues bien, el libro de Fernández-Santos que aquí se reseña, supone una contundente inflexión a dicha corriente, al hacernos discurrir, a través de estas casi seiscientas páginas, no sólo por el pensamiento arquitectónico de Caramuel, también por saberlo esponjar en la cultura arquitectónica y también filosófica del panorama español de su tiempo. Como el lector encontrará en sus páginas la génesis de esta recuperación comenzó a despuntar en torno a 1970, en el ámbito de la historiografía europea y española de un modo fragmentario y sugestivo, tras la publicación de artículos a cargo de Werner Oechslin sobre la recepción de su *Architectura civil* en Guarino Guarini o de Angela Marino sobre el eco de las ideas de Caramuel en la gestación de la columnata de San Pedro, hipótesis estudiadas y matizadas en el estudio que nos ocupa. En España, Antonio Bonet Correa y Juan Antonio Ramírez también reflexionaron tempranamente por esas fechas sobre su figura, y fue la publicación facsímil en el año 1984 – sin duda un hito editorial – de su *Architectura civil recta y oblicua* por parte de Antonio Bonet Correa, con un importante ensayo introductorio, la que en buena medida permitió socializar historiográficamente su obra, poniéndola a disposición de un público especialista no solo hispano sino también europeo, propiciando además el surgimiento de entusiastas “caramuelianos” desde perspectivas culturales y artísticas de lo más diverso.

Joaquín Bérchez

Jorge Fernández-Santos Ortiz-Iribas, *Juan Caramuel y la probable arquitectura*, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid 2013, 591

pp. Es este un libro que trata sobre el pensamiento arquitectónico del español Juan Caramuel Lobkowitz (Madrid, 1606-Vigevano, 1682), y nos trae a la actualidad uno de los episodios más significativos de la cultura arquitectónica barroca, no sólo hispánica, sino también italiana. Fecundo polígrafo, teólogo, destacado matemático partidario de la Nueva Ciencia desde su probabilismo filosófico, Juan Caramuel nos dejó casi al final de sus días los tres volúmenes de su *Architectura civil, recta y obliqua considerada y dibujada en el templo de Jerusalem [...] promovida a suma perfección en el templo y palacio de S. Lorenzo cerca del Escorial que invento con su divino ingenio, delíneo y dibujo con su real mano y con excesivos gastos empleando los mejores arquitectos de Europa erigió el Rey d. Phelipe II*, (Vigevano, Camillo Corrado, 1678), fuera de toda duda —como nos recuerda Jorge Fernández-Santos— el más extenso y ambicioso tratado de arquitectura hasta entonces escrito en lengua española.

Hay que felicitar que haya sido el historiador Jorge Fernández-Santos quien acometa el empeño de estudiar la compleja obra de Caramuel desde las categorías arquitectónicas de su tiempo. Un poco al modo de su personaje estudiado, la trayectoria de nuestro autor participa de ese decisivo e independiente carácter, viajado y formado en las múltiples disciplinas requeridas para su estudio. Arquitecto por la Universidad de Cornell, Doctor en Historia y Filosofía de la Arquitectura (2005) por la Universidad de Cambridge, becario predoctoral en la Real Academia de España en Roma y postdoctoral de la Fundación Gerda Henkel de Düsseldorf y actualmente profesor en la Universidad privada de San Jorge de Zaragoza, especialista en cultura barroca de los siglos XVII y XVIII, tanto española como italiana, su dedicación al estudio de la obra de Caramuel, que ahora culmina en esta publicación, viene avalada por numerosos y rigurosos artículos y ponencias presentados en congresos internacionales¹. Tras la lectura de este *Juan Caramuel y la probable arquitectura* se nos antoja que nuestro conocimiento anterior de la compleja obra del cisterciense español tiene algo de apuntamiento espigado entre las constantes digresiones eruditas que discurren por la *Architectura civil*, sinopsis posiblemente necesaria pero que en buena medida ha nublado muchos de los hábitos culturales que la propiciaron. Este carácter condensado que ha tenido la recepción de su obra y al que contribuyó sin duda el riguroso extracto de Tosca en su *Compendio Matemático*, me atrevería a sugerir que también pudo acompañar en su tiempo la comprensión, lectura y mirada sobre sus láminas por parte de sus contemporáneos, especialmente los profesionales de la arquitectura. Ya nos advierte el propio autor que la intención de su libro no busca “compilar un sistemático *excursus* filológico que haga las veces de edición crítica del extenso tratado”, por más que reconozca el provecho que resultaría de tal empeño en tanto herramienta eficaz para un manejo de la *Architectura civil* menos sujeta a apriorismos y desenfoques. Es por ello que desde sus primeras páginas, nos pone en aviso de que el grueso del libro está destinado a estudiar cómo la arquitectura no fue para Caramuel un asunto más entre las muy diversas disciplinas que trabajó en vida, y que a pesar de la “erudición invasiva” que en ocasiones puede llegar a ocasionar tedio en el lector, hay en el tratado del cisterciense madrileño dedicado a la arquitectura “una trama argumental ambiciosa y, en lo fundamental, muy meditada”. Es a esa perspectiva “intra-caramueliana” de sus reflexiones arquitectónicas a donde van dirigidos los esfuerzos del autor, a indagar – en definitiva – “de manera selectiva en la *forma mentis* del tratadista”. Y, en efecto, temas como la concepción teológica de sesgado acento bíblico volcada a la arquitectura, el moderno concepto del lenguaje clásico, la evolutiva e histórica concepción en la interpretación de los órdenes o, sobre todo, la más compleja formulación de su arquitectura oblicua, con su recorrido biográfico y mental por diversas geografías, especialmente la romana, cobran en este libro un sólido calado cultural que conjuga reflexión arquitectónica, preocupaciones de orden teológico y saberes técnicos-científicos. Al fin y al cabo el propio Caramuel en su tratado justificaría este aserto: “porque siendo Architecto y Theólogo es raçon que la Theologia me suministre materia, en que exercitar mis Architectonicas contemplaciones”. El ideario arquitectónico de Caramuel se desenvuelve también en diálogo con hitos claves de la cultura del siglo XVII, como es la renovada admiración por la obra de El Escorial en el siglo XVII, a la que Caramuel ya en el mismo título de su tratado

eleva a la categoría de paradigma arquitectónico moderno, de *summa architectonica* en piedra, de “nuevo templo” salomónico tangible en su perfección estereotómica y clásica, llegando a desarrollar un discurso hispanófilo y polémico con respecto al parangón arquitectónico ítalo-hispano, en su exaltación de El Escorial frente al Panteón romano o la berniniana plaza de San Pedro. No menor importancia adquiere la estela hispánica en la reflexión del salomonismo volcado a la arquitectura y al ámbito de los órdenes, donde Caramuel se distancia, por ejemplo, de la fascinación de un fray Juan Andrés Ricci por el delirio ondulado de sus columnas, y se muestra más próximo acaso al más neutro concepto “flexuoso” del jesuita Milliet de Chales. Otros temas como la ampliación del corpus de órdenes arquitectónicos (hasta once) se analiza desde fundamentos conceptuales aristotélicos, o se perfila de manera meridiana su defensa de un clasicismo moderno y abierto históricamente, nada que ver con una postura pretendidamente anti-clásica, y en donde el tratado de Vitruvio y el legado clásico eran contemplados de modo nada dogmático, sujetos por el contrario a condicionantes históricos y al escrutinio de la razón. Hay una particular agudeza en el análisis del concepto “ingenio” en su pensamiento arquitectónico, un *Leitmotiv* en su obra de tinte a la vez científico y literario: eran las “ideas ingeniosas y raras” de Felipe II puestas en práctica en El Escorial las que pretende reducir a “científicos cánones”; si Bramante y Miguel Ángel son destacados lo son por estar dotados de ingenio; o si el orden mosaico con sus fustes espiraliformes le merecen atención es por ser de una fábrica “ingeniosa y bella”. O también la importancia que asigna Caramuel a las indagaciones en torno al “experimentalismo visual”, a la vista como juez de la belleza arquitectónica (“el juez no ha de ser el discurso: la vista sí”, afirma), a la inmediatez óptica, a la importancia de los ojos en el juicio de la buena arquitectura, incluso cuando Caramuel llega a alabar aquellas láminas que permiten verse “con los ojos sin necesidad de discurso alguno”. Acaso sea la vertebración que el autor realiza entre la biografía itinerante de Caramuel y el proceso de maduración teórica de su arquitectura oblicua, uno de los episodios más esclarecedores del libro, episodio que emerge en diversos capítulos. A través de las numerosas alusiones del propio Caramuel esparcidas por su tratado o también de inéditos diarios del mismo que en este libro se estudia por primera vez, discurre la temprana reflexión sobre la estereotomía que adquiere con entusiasmo, joven, en tierras castellanas, y que habrá de matizarse y desembocar en la arquitectura oblicua a lo largo de su itinerante biografía por los Países Bajos, el Palatinado renano, la corte imperial de Praga y Viena, y sobre todo Italia, especialmente la Roma papal. Su fascinación y pasión por la estereotomía surge desde sus años de juventud en tierras castellanas, una estereotomía a medio camino entre la gremial y la de maestros eclesiásticos con formación matemática, como bien ponen de relieve los ejemplos evocados de los arcos declinados oblicuamente del ábside de la iglesia del monasterio de la Santa Espina (Castromonte, Valladolid), o la desaparecida escalera de tramos volados del colegio de San Bernardo en Salamanca (1623-1625) de su admirado maestro, el catedrático de Teología y Filosofía Ángel Manrique. Como nos recuerda el autor en estas y otras numerosas evocaciones arquitectónicas que pueblan su tratado, Caramuel fue fraguando un modo de concebir la arquitectura cada vez más liberada de la “maestría” para aspirar a la razonada “ciencia”. Sería su experiencia romana y enfrentado al geometrismo oblicuo de la obra de arquitectura más

importante de la Roma de Alejandro VII, como era la berninesca plaza de San Pedro y su columnata – ese “Amphiteatro Oval” de tan compleja sintaxis clásica y en la que hallaba “tantos errores como piedras” –, la que provocaría, antes que un enfrentamiento con Bernini (la tan con frecuencia esgrimida actitud anti-berniniana), la maduración conceptual de su construcción de la oblicuidad por encima de los límites tradicionales de la estereotomía, vividos en España y nunca dejados de reflexionar. Jorge Fernández-Santos en este libro, abierto, de amplios registros culturales a la vez que pródigo en una exquisita hermenéutica, alejado de apriorismos y desenfoques, logra que nuestra comprensión de la *Architectura civil* de Caramuel se enriquezca desde las certezas y hábitos culturales de su tiempo y que, como nos recuerda el propio autor, no perdamos de vista que estamos ante “el único polígrafo del Barroco europeo en legarnos un ambicioso y original tratado dedicado en exclusiva al arte constructivo”.

1. J. Fernández-Santos Ortiz-Iribas, *Austriacus re rectus obliqua: Juan Caramuel y su interpretación oblicua del Escorial*, en *El Monasterio del Escorial y la arquitectura*, actas del simposio (San Lorenzo del Escorial, 8-11 de septiembre de 2002), coord. F.J. Campos y Fernández de Sevilla, San Lorenzo del Escorial 2002, pp. 389-416; Id., *The Elusive Role of Perfection in Architecture: Caramuel's 'Raptus Geometricus' Reconsidered*, en *Ad limina II. Incontro di studio tra i dottorandi e i giovani studiosi di Roma*, actas (Roma, Istituto Svizzero, Villa Maraini, febrero-abril de 2003), ed. R. Burri et al., Alessandria 2004, pp. 363-385; Id., *Classicism 'Hispanico More': Juan De Caramuel's Presence in Alexandrine Rome and Its Impact on His Architectural Theory*, en “Annali di architettura”, 17, 2005, pp. 137-166; *Conjeturas en torno a un tratado incompleto: las arquitecturas natural y artificial de Juan Caramuel*, en M.^a del Mar Lozano Bartolozzi, F. Manuel Sánchez Lomba (coord.), *Libros con arte, arte con libros*, Badajoz 2007, pp. 313-321; Id., *Caramuel's 'Theoscope' and the Vindication of Prudential Probabilism*, e Id., *Juan Caramuel's Journey from Flanders to the Palatinate: A Travel Diary Presented to Fabio Chigi in 1644*, en P. Dvořák, J. Schmutz (coord.), *Juan Caramuel Lobkowitz: The Last Scholastic Polymath*, Praha 2008, pp. 285-304 y 353-404 respectivamente; Id., *Ostentio regis: la 'Real Cortina' como espacio y manifestación del poder soberano de los Austrias españoles*, en “Potestas”, 4, 2011, pp. 167-210; Id., “La única pluma de que se valen los ministros de Vuestra Magestad en Italia”: *Juan Caramuel ante los esfuerzos de renovación política y cultural en el reinado de Carlos II*, en D. Sabaino, P.C. Pissavino (coord.), *Un'altra modernità Juan Caramuel Lobkowitz (1606-1682): enciclopedia e probabilismo*, Pisa 2012, pp. 25-83.